

Mesa:

INFANCIAS Y JUVENTUDES. PEDAGOGÍA Y FORMACIÓN

María Adelaida Colángelo

Laboratorio de Investigaciones en Antropología Social.
Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

La mirada antropológica sobre la infancia. Reflexiones y perspectivas de abordaje

I

Esta ponencia tiene como objetivo examinar las posibles contribuciones de una perspectiva antropológica a las investigaciones e intervenciones pedagógicas sobre la infancia¹. A lo largo de la misma, intentaré situar algunos elementos que contribuyan a repensar el sujeto niño o niña al cual se orientan las prácticas pedagógicas. Para ello, buscaré mostrar de qué modo la antropología, ciencia que comenzó estudiando sociedades distantes, más o menos exóticas, puede contribuir a iluminar desde otro ángulo cuestiones que involucran a la niñez en nuestra sociedad y, de tal forma, complementar y dialogar con los enfoques de otras disciplinas. Ello instala dos interrogantes a ser respondidos: ¿cuál es la especificidad del abordaje antropológico? Y ¿qué preguntas particulares puede suscitar con respecto a la infancia?

No resulta fácil encontrar en la literatura antropológica trabajos sistemáticos y continuos que tengan al niño como foco del análisis y como eje de todo el proceso de investigación. A excepción de los trabajos clásicos de Margaret Mead (1939) y de algunos otros autores enmarcables en la corriente de "cultura y personalidad", las referencias a la niñez suelen aparecer dispersas en datos etnográficos referidos a la familia, el parentesco, el ciclo de vida u otros aspectos de la sociedad, o como un medio para esclarecer otras cuestiones, especialmente relacionadas con la transmisión y la continuidad de la cultura. Pero, si bien la antropología no ha desarrollado un marco teórico y un campo metodológico específicos para abordar el universo de la infancia, ofrece una mirada y herramientas analíticas particulares desde las cuales es posible complejizar su abordaje.

Puede afirmarse que la mirada peculiar de la antropología deviene de dos ejes principales: 1) un énfasis en la diversidad de la experiencia humana, es decir, en analizar la variedad de formas de

¹ En este trabajo se utilizarán de manera indistinta los términos "niñez" e "infancia", aunque sin dejar de reconocer que hay diferencias en cuanto a su etimología y matices de significado que en otros contextos, como el de la psicología, adquieren particular relevancia. Ver, por ejemplo, Giberti (1997).

vivir en sociedad y de representaciones del mundo social que han creado los seres humanos, y 2) una práctica científica tendiente a comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de los propios actores sociales implicados (el llamado punto de vista del “otro” o “punto de vista nativo”), a través de un método específico: el método etnográfico.

Este esfuerzo por llegar a captar la perspectiva de los propios actores sociales, es decir, por tomar distancia del propio sistema simbólico para intentar penetrar en la “lógica del otro social o cultural”, lleva a reconocer que nuestro sistema de pensamiento -científico, moral, intelectual- no es más que uno entre los posibles (Fonseca, 1995). De este modo, las miradas hacia otros sistemas socioculturales producen una nueva forma de ver la propia sociedad, en un constante juego de aproximación y distanciamiento, del que resulta una inevitable desnaturalización de categorías y de prácticas. Podemos, entonces, caracterizar la perspectiva particular de la antropología como un producto de esta tensión constante entre “cotidianizar” lo exótico y tornar exótico lo cotidiano, entre intentar aprehender las categorías de los otros en sus propios términos y desnaturalizar, efectuar rupturas epistemológicas con nuestro sentido común, a modo de un constante juego de espejos (Peirano, 1995). Veamos cómo este enfoque, centrado en la diversidad y en el diálogo ubicado desde el punto de vista del otro, puede ponerse en juego en el abordaje de la niñez.

II

Una mirada puesta en la diversidad nos lleva a ver, en primer lugar, que eso que nosotros llamamos infancia no representa lo mismo ni es vivido de la misma manera en todos los grupos humanos. Pensando en la complejidad y diversidad de una sociedad como la argentina, ello nos obliga a preguntarnos ¿en qué idea de niño se fundan las teorías y prácticas pedagógicas? Y ¿cómo son los niños y niñas concretos con los cuales se está trabajando? En definitiva: ¿de qué hablamos cuando hablamos de niño o de infancia?

El estudio antropológico de diferentes sociedades ha dado cuenta de la complejidad y variedad de las relaciones que pueden establecerse entre los procesos de crecimiento y desarrollo físicos y la edad social. Siendo esos datos biológicos socialmente manipulables, los límites etéreos remiten a procesos de clasificación a través de los cuales en cada grupo social se instituyen las divisiones del mundo social, se hacen y se deshacen grupos, como la infancia, la adolescencia o la adultez (Bourdieu, 1983). Así, la niñez como grupo no comienza a existir como tal, para sus integrantes y para los demás, hasta que no es distinguida y recortada a través del conocimiento y reconocimiento de ciertas características que, al ser leídas como propias de una clase particular de personas, las transforma en una categoría social.

Al respecto, el antropólogo Meyer Fortes (citado en Nunes, 1999), señala que no son las fases de maduración biológica, sino las relaciones que el individuo establece dentro de su grupo doméstico y de la sociedad como un todo, las que delinean y expresan los cambios dentro del ciclo de vida. Podemos preguntarnos, a partir de esto, acerca de la influencia que puede haber tenido la escolarización en las formas de recortar y definir etapas de la vida en distintas poblaciones, pasando la institución escolar a actuar como parámetro de la extensión de la infancia, de la adolescencia, y de lo que se considera propio o impropio de ellas (estudiar o trabajar, por ejemplo).

Los trabajos antropológicos han mostrado no sólo que las edades son socialmente recortadas de distintas maneras, sino también el valor diferente que cobran diferentes grupos etéreos en

diferentes sociedades, así como las diversas modalidades con que se ritualiza su constitución. Podemos mencionar, por ejemplo, estudios sobre el papel de los llamado “grupos de edad”² en la dinámica de reproducción social de numerosos grupos humanos (Balandier, 1976), o sobre los ritos de pubertad y de iniciación que, en diversas sociedades, marcan el tránsito de los niños o jóvenes a la vida adulta³.

Sin embargo, hasta ahora hemos hablado de la diversidad en términos de particularidades culturales (que en general aparecen asociadas con pertenencias étnicas específicas). Pero si consideramos la complejidad de las sociedades nacionales, como la argentina, en la cual los diferentes grupos se encuentran insertos, surge la necesidad de articular el abordaje de la diversidad de modos de ser niño (y de otros fenómenos sociales), pensada en términos de diferencias culturales, con la dimensión de la desigualdad social, fundada en la existencia de clases sociales. En efecto, cuando los antropólogos comenzamos a ver que las sociedades que estudiamos no están aisladas sino insertas de uno u otro modo en el sistema capitalista, y que esto las liga a la complejidad de nuestra propia sociedad, las representaciones y prácticas de los grupos sociales empiezan a ser explicadas no sólo a partir de pautas consideradas tradicionales, sino también a partir de los condicionamientos derivados de su posición en la estructura social. Es la articulación de estas dos dimensiones -diversidad y desigualdad- la que hace posible analizar los problemas sociales de la infancia en toda su complejidad y se revela especialmente indispensable a la hora de abordar la infancia y la familia de sectores populares, ya que coincidimos con Fonseca (1995) en que es necesario dar cuenta de sus condiciones materiales de existencia, pero sin dejar de examinar los factores sociales y culturales a través de los cuales la pobreza es mediada.

Este enfoque, que implica considerar ambas dimensiones de la diversidad, se impuso como una necesidad en una investigación sobre las pautas de crianza y la atención de la salud infantil en un grupo indígena toba (originario de la región chaqueña) instalado en los alrededores de la ciudad de La Plata (Colángelo, Tamagno, Cusminsky, 1998). Para entender los modos de criar a los niños/as propios de la comunidad, tuve que verlos a la vez como producto de la construcción de saberes y prácticas de un grupo étnico particular (por ejemplo, el lugar que ocupaba la lengua materna en las primeras etapas de la socialización, o la utilización de ciertas plantas medicinales para tratar las enfermedades infantiles) y de la situación estructural en que se encontraba el grupo en un momento histórico de una sociedad dada (es decir, eran chicos indígenas, pero además eran pobres, migrantes urbanos, con dificultades económicas de acceso a la salud y a la educación formal). Esta perspectiva nos impide caer tanto en un determinismo económico lineal como en un culturalismo

² Los grupos de edad son asociaciones de personas del mismo sexo (generalmente masculino), que pertenecen a ellos en virtud de haber nacido durante el mismo período. Implican categorías sociales del tipo “niños”, “iniciados”, “guerreros” y “hombres mayores”. En las sociedades africanas, donde son muy comunes, suelen tener funciones militares y políticas y cortan transversalmente todos los aspectos de la vida tribal.

³ Los rituales de iniciación constituyen un tipo de los denominados “ritos de pasaje”, los cuales marcan y escenifican el movimiento de individuos o grupos de una posición social a otra (en el caso de los ritos de iniciación, el cambio de refiere a la transformación del niño en adulto). Estas ceremonias contienen siempre tres etapas ordenadas que dramatizan el cambio de status: separación de la etapa actual, transición, incorporación al nuevo grupo o status social.

ingenuo, sustentado en la idea romántica del grupo indígena como una comunidad homogénea, cerrada en sí misma, regida sólo por pautas tradicionales y atemporales.

A su vez, los aportes de los estudios de género a las ciencias sociales, han puesto de relieve una tercera dimensión que atraviesa la infancia y que debe ser tenida en cuenta para su abordaje: no se vive de la misma manera la vida como niño que como niña. “La historia de la niñez y de la infancia se desdobra en la historia de cada género. Innumerables avatares por los que transita la niña son propios de su género y hablan de otras historias de la historia” (Giberti, 1997, pág. 28).

III

Llegados a este punto, podemos darle un contenido más sólido a esta idea de diversidad de la niñez con la que trabajamos. La perspectiva de la diversidad en este sentido amplio nos lleva a ver en la infancia una categoría socialmente construida en la que se conjugan, por lo menos, estas tres dimensiones de lo social: variabilidad cultural, desigualdad social y género. Las identidades tienen que ver con estas tres dimensiones conjugadas simultáneamente en diferentes grupos sociales: se es niña o niño, se pertenece a un grupo de edad y no a otro, se adscribe a una historia grupal particular (indígena, descendiente de migrantes de ultramar, migrante interno), además de aquella que liga a una comunidad nacional, se vive en un hogar pobre o en uno donde puedan ser satisfechas sus necesidades básicas. Desde esta perspectiva, las identidades no pueden ser pensadas en términos de alguna esencia inmutable o cristalizada, sino como construcciones relacionales, contrastantes (es porque nos diferenciamos de “los otros” que nos reconocemos como “nosotros”), situadas en la historia y, por lo tanto, en constante transformación.

Todo esto hace de la construcción de la infancia un proceso que no es unívoco, sino dinámico y conflictivo. Las divisiones entre edades o etapas de la vida no sólo son arbitrarias, sino también objeto de disputas y manipulaciones. Esto quiere decir que la forma en que se defina y caracterice la infancia es un fenómeno eminentemente político en el sentido de que tiene que ver con la distribución de poder entre distintos grupos de la sociedad, dado que las clasificaciones por edad son también una forma de imponer límites, de producir un orden en el cual cada uno debe ocupar su lugar⁴.

Así, la definición de qué es “la” niñez, qué se considera adecuado para este grupo y qué comportamientos o características, por no adecuarse a lo establecido, caen en el terreno de lo anormal, no es un dato dado por la naturaleza, sino el resultado de una disputa de sentido por imponer una visión particular como la legítima y universal. Para las sociedades occidentales, especialmente europeas, autores como Ariès (1981), Donzelot (1990), Shorter (1977) o Meyer (1977), han mostrado que aquello que se suele considerar propio de una suerte de esencia o “naturaleza infantil” (ideas de fragilidad, inocencia, pureza, incompletud) es producto de un proceso histórico muy particular, que no se remonta en el tiempo mucho más allá del siglo XVIII.

⁴ En este sentido, Balandier (1976), al referirse a las relaciones y conflictos entre clases de edad, plantea que las relaciones entre generaciones están caracterizadas en todas las sociedades por un equilibrio precario entre cooperación y oposición.

El problema es que una vez instituida como categoría, “la” infancia tiende a homogeneizar y enmascarar una gran variedad de experiencias de vida por las que atraviesan los niños/as concretos/as, experiencias que justamente tienen que ver con la diversidad cultural y la desigualdad social. Categoría que, sin embargo, ya no aparece tan obvia ni unívoca: desde distintas perspectivas, diferentes autores han comenzado a plantear una crisis actual de esta noción de infancia propia de la modernidad occidental y a intentar dar cuenta de la pluralidad de caras de la niñez y adolescencia actuales (Rabello de Castro, 2001). Podemos mencionar la tesis de Corea y Lewkowicz (1999) acerca de una “destitución” de la niñez, en el sentido de un agotamiento de la potencia instituyente de las instituciones -especialmente la escuela y la familia- que forjaron esta infancia moderna. O, desde otro abordaje, los planteos de Giberti (1997) acerca de una tensión entre los antiguos paradigmas sobre la niñez y otros que se encuentran en formación.

La homogeneización que, sin embargo, continúa prevaleciendo en los abordajes de la infancia, torna especialmente valioso el énfasis de la antropología en la comprensión y valoración de la “lógica del otro” como igualmente legítima, posibilitando recuperar las múltiples formas de entender la infancia, la maternidad o la familia. Es aquí donde el método etnográfico revela todas sus potencialidades, permitiendo dar cuenta -a través de la observación participante y de distintas modalidades de diálogo con el otro como entrevistas o historias de vida- tanto de las prácticas cotidianas, como del modo en que los propios agentes sociales piensan, sienten, y resignifican los eventos que los involucran (Guber, 2001). Esta perspectiva hace posible entender las diferentes concepciones de niño, de vínculos familiares y los distintos modos de organizar el parentesco que pueden presentarse, por ejemplo en sectores populares, ya no en términos de “inadaptación”, “desorganización” o “anomia”, sino como modos alternativos de organización familiar vinculados a una cultura popular urbana. Ya no podríamos hablar de modelos familiares moralmente superiores o culturalmente más civilizados, sino de un enorme abanico de posibles prácticas de organización doméstica o familiar.

A su vez, esta preocupación de la antropología por el punto de vista del “otro”, también abre la posibilidad de incorporar de otro modo a los propios niños en las instancias de investigación y de intervención. A esto se refiere Nunes (1999) con su propuesta de una “antropología del niño”, es decir, una antropología interesada en interpretar el modo en que los niños entienden el mundo y su sociedad. Ello supone un niño concebido como agente social, dotado de capacidad de reflexión y acción sobre la sociedad, frente a las nociones de sentido común que lo definen a partir de sus carencias -de madurez sexual, de autonomía, de responsabilidad, de ciertas facultades cognitivas- y le atribuyen el papel de receptor pasivo de educación y protección (Szulc, 1999).

IV

Llegados a este punto y a modo de síntesis, podemos preguntarnos: ¿qué posibilidades abre la consideración de estos puntos para la tarea más concreta de investigación e intervención pedagógica con relación a la niñez? ¿Qué aportes pueden ofrecer para la elaboración de políticas públicas hacia la infancia?

En primer lugar, si retomamos la preocupación de la antropología por la diversidad, veremos que hace ineludible la pregunta acerca de ¿para qué niño se están pensando y diseñando políticas? al mismo tiempo que instala la necesidad de considerar, como mínimo, las coordenadas de clase

social, pertenencia étnica y género, a la hora de proponer cualquier tipo de acción educativa destinada a la niñez. La desnaturalización y particularización de la noción de infancia que de allí resulten nos llevará, entonces, a poner en tela de juicio ideas y acciones que se formulen en términos vagos de “lo mejor para el niño”.

La incorporación y el diálogo con el otro, centrales para la producción de conocimiento antropológico, implica la necesidad de una escucha atenta de los diversos grupos a los que se pretende servir, a fin de diseñar políticas para la infancia orientadas no por alguna ideología abstracta o por el sentido común generalizado, sino por la realidad de los sujetos sociales involucrados. De este modo, prácticas y representaciones diferentes sobre la niñez y la familia, gestadas desde distintos grupos sociales no serían vistas como obstáculos, sino como opciones válidas y, más aún, como aportes valiosos para la elaboración de políticas que pretendan responder a la compleja realidad a la que se dirigen.

Además, este interés por recuperar el punto de vista del otro llevaría a incluir efectivamente a los niños/as como interlocutores válidos para la planificación de políticas, como sujetos portadores de conocimiento, que pueden dar cuenta de sus necesidades y contribuir en la búsqueda de soluciones. Hablaríamos así de la gestación de “políticas de la infancia”, del reconocimiento de nuevas prácticas sociales que ya están siendo inventadas por niños y niñas (Giberti, 1997).

Las ideas hasta aquí formuladas abren a su vez nuevos interrogantes, nuevas líneas de trabajo a ser exploradas, nuevos problemas para la investigación y la intervención; interrogantes y problemas que aquí no pretendo responder sino tan sólo enunciar como un modo de complejizar el abordaje de la infancia.

Una de estas líneas a ser profundizadas podría orientarse a ver de qué modo los trabajos más clásicos de la antropología pueden enriquecer el abordaje de los actuales problemas de la infancia, incorporando, por ejemplo, las teorías del parentesco y del ritual. Sería fructífero examinar cómo el análisis de temas como las ceremonias de iniciación a la vida adulta o la institución de grupos de edad, que parecen estar tan ligados a pueblos social y geográficamente distantes, pueden ayudarnos a iluminar desde otro ángulo distintos aspectos de las identidades y la sociabilidad infantil o juvenil en nuestra sociedad.

Por otro lado, un problema de investigación y de intervención que se plantea en cualquier abordaje de la infancia que la sitúe en la complejidad de lo social, es el de los límites del relativismo en situaciones de desigualdad social. Es decir, ¿cómo y hasta dónde explicar prácticas y representaciones sobre la infancia de sectores populares a partir de universos simbólicos particulares, sin caer en atribuir su situación social a factores culturales, sin apelar al argumento de una “cultura de la pobreza”? Y, a partir de allí, como lo plantea Fonseca (1995), ¿qué contradicciones surgen de la aplicación de una legislación que presupone la igualdad en abstracto de todos los niños y niñas - como lo es la legislación que se ajusta a los principios de la Convención Internacional de los Derechos del Niño-, en términos del “interés superior del niño”, en una sociedad profundamente desigual?

Ello instala de alguna manera la pregunta acerca de cuál es el lugar que se otorga a lo sociocultural en la explicación de los problemas de la infancia. Si en las explicaciones macrosociológicas las particularidades quedan ocultas bajo índices y cifras, en otros abordajes, como el basado en el llamado enfoque de riesgo, los factores sociales suelen terminar desempeñando un papel ambiguo

y en cierto modo externo -el “contexto”-, haciendo de la familia el grupo social más visible e inmediato al que atribuir las causas de los problemas de la infancia. Ante estas dificultades, se impone la necesidad de construir mediaciones analíticas entre lo individual, lo familiar y lo socio-cultural, entre las explicaciones en términos macro y los casos concretos, si se pretende recuperar la complejidad de los problemas que implican a la infancia.

Más allá de los caminos que se elijan para darles respuesta, consideramos que el punto de partida para afrontar estos interrogantes ha de ser la idea de la niñez como una categoría socialmente construida que expresa los intereses de un determinado momento histórico y, como tal, guía políticas sociales y las prácticas concretas de los actores sociales. Si pensamos en la tarea antropológica como un continuo ejercicio de desnaturalización de prácticas y de categorías, la infancia puede dejar de ser pensada desde un concepto neutro y abstracto, signado por caracteres biológicos invariables, para recuperar toda la riqueza de sus determinaciones socio-históricas. De este modo, tal vez, comencemos a hablar de “infancias”, plurales, múltiples, en el contexto de nuestra sociedad compleja.

Bibliografía

- ARIÈS, Philippe. *História social da criança e da família*. Editora Guanabara, Rio de Janeiro, 1981 (primera edición en francés: 1973).
- BALANDIER, Georges. *Antropo-Lógicas*. Editora Cultrix, São Paulo, 1976.
- BOURDIEU, Pierre. "A 'juventude' é apenas uma palavra". 1978, en *Questões de sociologia*, Editora Marco Zero, Rio de Janeiro, 1983.
- BOURDIEU, Pierre. "La práctica de la antropología reflexiva (Seminario de París)". En Bourdieu, P. y Loïc Wacquant: *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Editorial Grijalbo, México, 1995.
- COLANGELO, María Adelaida L. Tamagno y M. Cusminsky. "Atención de la salud infantil en una comunidad toba de un medio urbano". En *Archivos Argentinos de Pediatría*, volumen 96, N°6, 1998.
- COREA, Cristina e Ignacio Lewkowicz. *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Editorial Lumen-Humanitas, Buenos Aires, 1999.
- DONZELOT, Jacques. *La policía de las familias*. Editorial Pre-textos, Valencia, 1990 (primera edición en francés:1977).
- FONSECA, Claudia. *Caminhos da adoção*. Cortez Editora, São Paulo, 1995.
- GIBERTI, Eva (comp.). *Políticas y Niñez*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1997.
- GUBER, Rosana. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Editorial Norma, Buenos Aires, 2001.
- MEAD, Margaret. *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Ed. Planeta- Agostini, Barcelona, 1993 (primera edición en inglés: 1939).
- MEYER, Philippe. *L'enfant et la raison d'État*. Editions du Seuil, Paris, 1977.
- NUNES, Angela. *A sociedade das crianças A'uwe-xavante. Por uma antropologia da criança*. Temas de Investigação N°8, Instituto de Inovação Educacional, Ministério da Educação de Portugal, Lisboa, 1999.
- PEIRANO, Mariza. *A favor da etnografia*. Relume Dumará, Rio de Janeiro, 1995.
- RABELLO DE CASTRO, Lucía (org). *Infancia y adolescencia en la cultura del consumo*. Editorial Lumen –Humanitas, Buenos Aires, 2001.
- SHORTER, Edward. *Naissance de la famille moderne. XVIII°-XX° siècle*. Éditions du Seuil, Paris, 1977 (primera edición en inglés: 1975).
- SZULC, Andrea. "La construcción social de la infancia en Chacabuco". VI Congreso Argentino de Antropología Social, Mar del Plata, 1999.